

ENCUENTRO 4: “Anohecía, pero escuché Su Voz”

Hola jóvenes: llegamos a nuestro cuarto encuentro, y esta vez te invito a que durante esta semana des más importancia a la oración personal, no sólo porque iniciamos la Cuaresma, sino también, porque en la oración lograremos disipar las tinieblas que nos impiden ver la Luz de Dios y escuchar su Voz.



Anohecía y Pinocho, acordándose de que no había comido nada, sintió un cosquilleo en el estómago que se parecía mucho al apetito. Pero el apetito, en los jóvenes marcha muy de prisa; en pocos minutos el apetito se convirtió en hambre, y el hambre, en un abrir y cerrar de ojos, se convirtió en un hambre de lobo. El pobre Pinocho corrió al fuego, donde había una olla hirviendo, e intentó destaparla para ver lo que tenía dentro... pero la olla estaba pintada en la pared. Figúrense cómo se quedó.



“¡Esto no tiene sentido!, decía Qohelet, ¡esto no tiene sentido, nada a qué aferrarse! ¿Qué le queda al hombre de todas sus fatigas?” (Ecl 1,2-3a).



Empieza a anochecer. En esta noche, donde no se ve nada, uno quiere llenarse de algo, aunque sea un engaño, aunque sea pasajero. En lugar de responder a tus necesidades, el mundo comienza a revelarse como una mentira, como ficción. Personas cercanas se muestran como realmente son. Internamente sentimos la necesidad de aferrarnos a alguien o a algo cuando sentimos ese vacío de amor. Y preferimos quedarnos y llenarnos de lo más fácil, de lo aparentemente más llamativo: teléfono, internet, fotos, aplausos, modas, ropa, marcas... Y cuando adentro tenemos hambre podemos comer cualquier cosa. La ausencia de Dios y de sentido viene a ser entonces colmada de placeres momentáneos y relaciones fugaces... y te das cuenta de que “todo está pintado en la pared”, que las cosas son una burla, que muchas son ilusión.

Cuando se camina de noche y la vida está sumergida en ella tienes dos opciones: o tiras la toalla y te ahogas en esas tinieblas que piensas te superan; o pides que se te ayude deseando que surga una luz que te haga ver de nuevo. No es fácil estar en la noche, no es fácil vivir en la ilusión de la noche. No se tiene sentido caminar sin rumbo porque en la noche no vemos el camino. Una vida sin sentido una y otra vez chocará contra la misma pared, volverá sobre el mismo punto y tropezará con la misma piedra. Una vida sin sentido es ya una vida triste.



Quisiera que meditaras este texto de la Christus vivit del Papa Francisco, un documento que ha sido escrito y pensado para ti. Si tienes algún comentario, no dudes en enviarlo para publicarlo.

“La juventud no es algo que se pueda analizar en abstracto. En realidad, “la juventud” no existe, existen los jóvenes con sus vidas concretas. En el mundo actual, lleno de progresos, muchas de esas vidas están expuestas al sufrimiento y a la manipulación. Muchos jóvenes son ideologizados, utilizados y aprovechados como carne de cañón o como fuerza de choque para destruir o ridiculizar a otros. Y lo peor es que muchos son convertidos en seres individualistas, enemigos y desconfiados de todos, que así se vuelven presa fácil de ofertas deshumanizantes y de los planes destructivos que elaboran grupos políticos o poderes económicos. Todavía son más numerosos en el mundo los jóvenes que padecen formas de marginación y exclusión social por razones religiosas, étnicas o económicas. Recordamos la

difícil situación de adolescentes y jóvenes que quedan embarazadas y la plaga del aborto, así como la difusión del VIH, las varias formas de adicción: drogas, juegos de azar, pornografía, alcohol, etc. A veces el dolor de algunos jóvenes es muy lacerante; es un dolor que no se puede expresar con palabras; es un dolor que nos abofetea. Esos jóvenes sólo pueden decirle a Dios que sufren mucho, que les cuesta demasiado seguir adelante, que ya no creen en nadie. Pero en ese lamento desgarrador se hacen presentes las palabras de Jesús: «Felices los afligidos, porque serán consolados» (Mt 5,4). Hay jóvenes que pudieron abrirse camino en la vida porque les llegó esa promesa divina. Ojalá siempre haya cerca de un joven sufriente una comunidad cristiana que pueda hacer resonar esas palabras con gestos, abrazos y ayudas concretas. Los jóvenes reconocen que el cuerpo y la sexualidad tienen una importancia esencial para su vida y en el camino de crecimiento de su identidad. Sin embargo, en un mundo que enfatiza excesivamente la sexualidad, es difícil mantener una buena relación con el propio cuerpo y vivir serenamente las relaciones afectivas. Por esta y por otras razones, la moral sexual suele ser muchas veces causa de incompreensión y de alejamiento de la Iglesia, ya que se percibe como un espacio de juicio y de condena. **En los jóvenes también están los golpes, los fracasos, los recuerdos tristes clavados en el alma.** Muchas veces son las heridas de las derrotas de la propia historia, de los deseos frustrados, de las discriminaciones e injusticias sufridas, del no haberse sentido amados o reconocidos. Además están las heridas morales, el peso de los propios errores, los sentimientos de culpa por haberse equivocado. **Jesús se hace presente en esas cruces de los jóvenes,** para ofrecerles su amistad, su alivio, su compañía sanadora, y la Iglesia quiere ser su instrumento en este camino hacia la restauración interior y la paz del corazón. **En algunos jóvenes reconocemos un deseo de Dios.** En otros podremos vislumbrar un sueño de fraternidad. En muchos habrá un deseo real de desarrollar las capacidades que hay en ellos para aportar algo al mundo. En algunos vemos una sensibilidad artística especial, o una búsqueda de armonía con la naturaleza. En otros habrá quizás una gran necesidad de comunicación. En muchos de ellos encontraremos un profundo deseo de una vida diferente. Y se trata de verdaderos puntos de partida, fibras interiores que esperan con apertura una palabra de estímulo, de luz y de aliento.

Te recuerdo la buena noticia que nos regaló la mañana de la Resurrección: **que en todas las situaciones oscuras o dolorosas que mencionamos hay salida.** No dejes que te roben la esperanza y la alegría, que te narcoticen para utilizarte como esclavo de sus intereses. Atrévete a ser más, porque tu ser importa más que cualquier cosa. No te sirve tener o aparecer. **Puedes llegar a ser lo que Dios, tu Creador, sabe que eres, si reconoces que estás llamado a mucho.** Invoca al Espíritu Santo y camina con confianza hacia la gran meta: la santidad. Para eso necesitas reconocer algo fundamental: ser joven no es sólo la búsqueda de placeres pasajeros y de éxitos superficiales. Para que la juventud cumpla la finalidad que tiene en el recorrido de tu vida, debe ser un tiempo de entrega generosa, de ofrenda sincera, de sacrificios que duelen pero que nos vuelven fecundos. Si eres joven en edad, pero te sientes débil, cansado o desilusionado, pídele a Jesús que te renueve. **Con Él no falta la esperanza.** Lo mismo puedes hacer si te sientes sumergido en los vicios, las malas costumbres, el egoísmo o la comodidad enfermiza. Jesús, lleno de vida, quiere ayudarte para que ser joven valga la pena. Así no privarás al mundo de ese aporte que sólo tú puedes hacerle, siendo único e irrepetible como eres. Pero quiero recordarte también que es muy difícil luchar contra las asechanzas y tentaciones del demonio y del mundo egoísta si estamos aislados. Es tal el bombardeo que nos seduce que, si estamos demasiado solos, fácilmente perdemos el sentido de la realidad, la claridad interior; y sucumbimos”.



Mientras tanto, el hambre aumentaba, aumentaba cada vez más. El pobre Pinocho no encontraba más alivio que bostezar. Lanzaba unos bostezos tan grandes que a veces la boca le llegaba a las orejas. Cuando acababa de

bostezar, escupía, y sentía como si el estómago se le fuera cayendo. Entonces, llorando y desesperándose, decía:

—El Grillo parlante tenía razón. He hecho muy mal en rebelarme contra mi padre y escaparme de casa... Si mi papá estuviera aquí, ahora no me moriría de bostezos. ¡Ay, qué enfermedad más mala es el hambre!

Y, de repente, creyó ver en el montón de los desperdicios algo redondo y blanco, que parecía enteramente un huevo de gallina. Dar un salto y lanzarse encima de él fue cosa de un momento. Era un huevo de verdad. Es imposible describir la alegría del muñeco: hay que imaginársela. Creía que estaba soñando, daba vueltas al huevo entre sus manos, lo tocaba y lo besaba diciendo:

—¿Cómo lo prepararé ahora? ¿Haré una tortilla?... No, será mejor hervirlo... ¿No estará más sabroso si lo frío en la sartén? ¿Y si lo pasara por agua? No, lo más rápido será freírlo: ¡tengo demasiadas ganas de comérmelo!

Puso una olla encima de un fogón; en la olla, en vez de aceite o mantequilla, puso un poco de agua. Cuando el agua empezó a humear, ¡tac! ..., rompió la cáscara del huevo e intentó echarlo dentro. Pero, en vez de la clara y la yema, salió un pollito muy alegre y educado, que dijo, haciendo una reverencia:

—¡Muchas gracias, señor Pinocho, por haberme ahorrado el trabajo de romper la cáscara! ¡Adiós, que te vaya bien, saludos a la familia!

Dicho esto, abrió las alas y, atravesando la ventana, que estaba abierta, voló hasta perderse de vista. El pobre muñeco se quedó paralizado, con los ojos fijos, la boca abierta y las cáscaras del huevo aun en la mano. Cuando se recuperó de su asombro empezó a llorar, a chillar, a patear el suelo, desesperado...



“Y encontré la vida detestable: para mí todo lo que se hace bajo el sol es un mal negocio; todo se nos escapa, se corre tras el viento” (Ecl 2,17).



Esta es la aterradora historia de lo que puede convertirse la vida de una persona cuando renuncia a su dignidad de ser persona. Pinocho “busca” alimento en la basura, es capaz de superar los valores y los escrúpulos para nutrirse de las sobras de una mesa. E idolatra “el huevo”. Qué triste encontrar personas, encontrar jóvenes que se nutren de “sobras”, que viven “mendigando afecto, atención y amor”, que han tocado fondo alimentándose de la basura de todo un estilo de vida que ha robado la felicidad, la libertad y la dignidad.

Cuando uno, en nombre de la libertad escapa de lo que pensaba sería una esclavitud, y termina apartándose de Dios, y cuando nos apartamos de Dios terminamos siendo esclavo de alguien más o de algo más: dinero, moda, sexo, alcohol, fiestas... y no puedes vivir sin dar tu vida a eso que “besas e idolatras”, aunque sabes que te hace daño. ¡Qué tristeza vivir siendo conciente de que me estoy dañando!

Y llega entonces la gran decepción: lo que realmente parecía un huevo resultó ser otra cosa. Cuanto más profundo el amor se vuelve posesivo, más amarga será la decepción. ¿Cuántas veces hemos puesto nuestras vidas en cosas y hemos terminado decepcionados? Piensa en amistades, relaciones, experiencias pasadas...



*¿Cuáles son tus mayores decepciones? ¿Por qué llegaste a este punto?
¿Podrías compartir alguna experiencia que ayude al resto del grupo?*



Volvió a casa mojado, agotado por el cansancio y el hambre; como estaba sin fuerzas para tenerse en pie, se sentó, apoyando los pies empapados y enlodados sobre un brasero. Allí se durmió; mientras dormía, sus pies, que eran de madera, se prendieron fuego y, poco a poco, se carbonizaron, convirtiéndose en cenizas. Pinocho seguía durmiendo y roncando, como si sus pies fueran de otro. Por fin se despertó, al hacerse de día, porque alguien había llamado a la puerta.
—¿Quién es? —preguntó, bostezando y restregándose los ojos.
—Soy yo —contestó una voz. Y Pinocho reconoció la voz de Geppetto, su padre.



“Mira que estoy a la puerta y llamo: si uno escucha mi voz y me abre, entraré en su casa y comeré con él y él conmigo” (Ap 3,20).



Hay en este pasaje una autodestrucción, una enemistad contra sí mismo: uno que duerme profundamente mientras le arden los pies. Puedes vivir la vida en un sueño sin darte cuenta de ti mismo y de las consecuencias de tus decisiones y errores. Y por lo tanto, nos convertimos en convivientes con el mal, nos acostumbramos al pecado. Si esta es nuestra condición, si corremos el riesgo de pasar una vida que se disipa “como el humo” mientras dormimos: ¿Qué o quién nos despertará? Solo un evento que viene de afuera: una Presencia.

Cuando estamos tan reducidos necesitamos que alguien venga a ayudarnos para que nos despierte. Piensa en esos eventos que te despertaron, piensa en las personas que llamaron a tu puerta, piensa en aquellos que te han salvado... incluso piensa en aquellos que han perseverado manteniéndose a tu lado aun cuando bruscamente le has cerrado tu puerta.

¿Cuántas veces ha tocado Dios a tu vida? Él no romperá tu puerta, él dejará que tú mismo le abras. Si viviéramos todos los días receptivos “del toque de Dios” seríamos más felices por esa Presencia.

“Yo soy”, es la voz de Dios. En ella están todas las demás voces: padres, amigos, sacerdotes, monjas, animadores, catequistas... Pero siempre es la voz de Dios que golpea a nuestra vida a través de muchas personas. Cuando te pierdes, cuando sales, cuando los instintos, las pasiones y el pecado te llevan a otra parte, ¿debe haber alguien que te despierte tocando a tu puerta! Solo, no lograrás nunca abrir tus ojos.



¿Realmente crees en Dios? ¿Es tu fe en Dios lo más importante en tu vida?

¿Podrías contar al grupo alguna experiencia donde has encontrado a Dios, o donde Dios te ha encontrado a ti?

Quisiera que meditaras este segundo texto de la *Christus vivit* del Papa Francisco. Si tienes algún comentario, no dudes en enviarlo para publicarlo.

“Más allá de cualquier circunstancia, a todos los jóvenes quiero anunciarles ahora lo más importante, lo primero, eso que nunca se debería callar. Es un anuncio que incluye tres grandes verdades que todos necesitamos escuchar siempre, una y otra vez. Ante todo quiero decirle a cada uno la primera verdad: “Dios te ama”. Si ya lo escuchaste no importa, te lo quiero recordar: Dios te ama. Nunca lo dudes, más allá de lo que te suceda en la vida. En cualquier circunstancia, eres infinitamente amado. Quizás la experiencia de paternidad que has tenido no sea la mejor, tu padre de la tierra quizás fue lejano y ausente o, por el contrario, dominante y absorbente. O sencillamente no fue el padre que necesitabas. No lo sé. Pero lo que puedo decirte con seguridad es que puedes arrojarte seguro en los brazos de tu Padre divino, de ese Dios que te dio la vida y que te la da a cada momento. Él te sostendrá con firmeza, y al mismo tiempo sentirás que Él respeta hasta el fondo tu libertad. A veces se presenta cargado del amor de esas madres que quieren sinceramente a sus hijos, con un amor entrañable que es incapaz de

olvidar o de abandonar: «¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin enternecerse con el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré» (Is 49,15). Hasta se muestra como un enamorado que llega a tatuarse a la persona amada en la palma de su mano para poder tener su rostro siempre cerca: «Míralo, te llevo tatuado en la palma de mis manos» (Is 49,16). Otras veces destaca la fuerza y la firmeza de su amor, que no se deja vencer: «Los montes se correrán y las colinas se moverán, pero mi amor no se apartará de tu lado, mi alianza de paz no vacilará» (Is 54,10). O nos dice que hemos sido esperados desde siempre, porque no aparecimos en este mundo por casualidad. Desde antes que existiéramos éramos un proyecto de su amor: «Yo te amé con un amor eterno; por eso he guardado fidelidad para ti» (Jr 31,3). O nos hace notar que Él sabe ver nuestra belleza, esa que nadie más puede reconocer: «Eres precioso a mis ojos, eres estimado y yo te amo» (Is 43,4).

La segunda verdad es que **Cristo, por amor, se entregó hasta el final para salvarte**. Sus brazos abiertos en la Cruz son el signo más precioso de un amigo capaz de llegar hasta el extremo: «Él, que amó a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Jn 13,1). Su perdón y su salvación no son algo que hemos comprado, o que tengamos que adquirir con nuestras obras o con nuestros esfuerzos. Él nos perdona y nos libera gratis. Su entrega en la Cruz es algo tan grande que nosotros no podemos ni debemos pagarlo, sólo tenemos que recibirlo con inmensa gratitud y con la alegría de ser tan amados antes de que pudiéramos imaginarlo: «Él nos amó primero» (1 Jn 4,19). Jóvenes amados por el Señor, ¡cuánto valen ustedes si han sido redimidos por la sangre preciosa de Cristo! Jóvenes queridos, ustedes ¡no tienen precio! ¡No son piezas de subasta! Por favor, no se dejen comprar, no se dejen seducir, no se dejen esclavizar por las colonizaciones ideológicas que nos meten ideas en la cabeza y al final nos volvemos esclavos, dependientes, fracasados en la vida. Ustedes no tienen precio: deben repetirlo siempre: no estoy en una subasta, no tengo precio. ¡Soy libre, soy libre! Enamórense de esta libertad, que es la que ofrece Jesús. Mira los brazos abiertos de Cristo crucificado, déjate salvar una y otra vez. Y cuando te acerques a confesar tus pecados, cree firmemente en su misericordia que te libera de la culpa. Contempla su sangre derramada con tanto cariño y déjate purificar por ella. Así podrás renacer, una y otra vez.

Pero hay una tercera verdad, que es inseparable de la anterior: **¡Él vive!** Hay que volver a recordarlo con frecuencia, porque corremos el riesgo de tomar a Jesucristo sólo como un buen ejemplo del pasado, como un recuerdo, como alguien que nos salvó hace dos mil años. Contempla a Jesús feliz, desbordante de gozo. Alégrate con tu Amigo que triunfó. Mataron al santo, al justo, al inocente, pero Él venció. El mal no tiene la última palabra. En tu vida el mal tampoco tendrá la última palabra, porque tu Amigo que te ama quiere triunfar en ti. Tu salvador vive. Si Él vive eso es una garantía de que el bien puede hacerse camino en nuestra vida, y de que nuestros cansancios servirán para algo. Entonces podemos abandonar los lamentos y mirar para adelante, porque con Él siempre se puede. Esa es la seguridad que tenemos. Jesús es el eterno viviente. Aferrados a Él viviremos y atravesaremos todas las formas de muerte y de violencia que acechan en el camino. Si alcanzas a valorar con el corazón la belleza de este anuncio y te dejas encontrar por el Señor; si te dejas amar y salvar por Él; si entras en amistad con Él y empiezas a conversar con Cristo vivo sobre las cosas concretas de tu vida, esa será la gran experiencia, esa será la experiencia fundamental que sostendrá tu vida cristiana. Esa es también la experiencia que podrás comunicar a otros jóvenes. Porque no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”.